

Exposicion de Londres.—Plata de M. Gauvin.—Dibujo de Thérond.



Exposicion de Londres.—La copa por M. Lanr.—Dibujo de Thérond.

Esta copa es una verdadera pieza maestra, parecida á las que ejecutaban los laboriosos artistas de otros tiempos, haciéndolo todo por sí mismos, y orgullosos y contentos cuando al cabo de un asiduo trabajo, podían en fin sacar á luz su obra.

El asunto que representa, es un combate de Carlomagno contra los sajones, reminiscencia de una obra de Offenbach, una verdadera batalla de gigantes!... Los combatientes ahullan, se matan, se desgarran; en medio de la composición se ve un grupo de guerreros disputándose una bandera, ejecutado con un calor notable; las fisonomías son tan variadas como expresivas, y los pormenores todos están primorosamente concluidos, y conformes con la verdad histórica. Los caballos tienen mucho carácter, los perros están mordiéndose con ardor, y muchas figuras se roban las unas á las otras: la figura del joven con la cabeza al aire que lleva una honda en la mano, es muy notable por la elegancia del dibujo, en medio del vigor de su actitud.

M. Lantz puede considerarse como francés, puesto que en París es en donde trabaja, y aquí ha venido á perfeccionarse en su arte al contacto de esta civilización severa por las menores faltas contra la delicadeza y el buen gusto.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las p. 5, 14, 21, 29, 34, 45, 53, 62 y 66.)

El cirujano que cuidaba á Whillemina era tan poco comunicativo como Fritz Reutner, que iba todos los días á la aldea á buscar las provisiones necesarias para los habitantes de la torre. Las súplicas y las amenazas fueron inútiles: Fritz parecía un soldado ruso ejercitando su bárbara consigna. Sigismundo á pesar de su frialdad aparente, experimentaba accesos de rabia contra el hijo de Magdalena, y Alberto hablaba seriamente de darle una paliza; pero como Fritz Reutner era un mozo de proporciones atléticas, el prudente Schwartz aplazaba de día en día la ejecución de su amenaza.

Sin embargo Frantz iba mejorando por instantes y preguntaba ansioso por Whillemina.

Por último Sigismundo resolvió hacer una tentativa decisiva presentándose atrevidamente en el castillo de Steinberg, á pesar de que el feroz humor del baron, y las precauciones que tomaba para que nadie le turbase en su soledad, no dejaban duda ninguna sobre cual sería el recibimiento que allí le esperaba.

Muller se prometía sorprender alguna circunstancia diferente en apariencia, recoger alguna esperanza consoladora, entrever quizá á Whillemina ó oír el sonido de su voz, lo cual era bastante para hacerle desafiarse los sombríos furrores de Enrique de Steinberg.

Con tal de que pudiera decir á Frantz á su vuelta «Whillemina existe, y os ama como antes» el generoso Sigismundo no sentía exponer su vida por lograr esta satisfacción.

Así pues, un día que el enfermo descansaba sosegadamente, Sigismundo se encaminó hacia el Steinberg.

Eran las doce: el sol daba de lleno sobre la vieja torre, bañando con sus rayos la parda roca que la servía de base. El mas profundo silencio reinaba en aquellos contornos; nadie se paseaba en el sendero, ni nadie trabajaba en las viñas: castillo y dependencias parecían abandonados; solo el

roce de los lagartos entre la yerba seca interrumpía aquel lúgubre silencio.

El estudiante alzó los ojos hácia la plataforma de la torre, creyendo que distinguiría por entre las almenas la graciosa forma de Whillemina ó la varonil figura del mayor; pero no vió nada mas que las yerbas de las ruinas mecidas por las brisas del Rhin, y las cigüeñas con sus largas alas cerniéndose sobre la torrecilla aérea en donde habian colocado sus nidos.

Sigismundo preocupado enteramente con la entrevista que iba á tener con el mayor, se adelantó con precipitación hácia la entrada principal del castillo, cuando se halló detenido por un obstáculo inesperado.

En otro tiempo, se entraba libremente en el patio cambiado en huerto; á través de las ruinas y de los escombros se alcanzaba sin dificultad la puerta de la torre que estaba abierta por lo regular. Ahora la entrada del huerto estaba tapada con vigas y tablones, y hasta una especie de abertura que quedaba en este cercado grosero, se hallaba sólidamente cerrada.

Esta nueva prueba de la desconfianza del mayor no presagiaba nada bueno al estudiante, en cuanto al resultado de su misión.

Sin embargo de esto, resolvió penetrar á toda costa en esa morada tan poco hospitalaria en apariencia; pero, cómo? No habia allí ni campanilla ni aldaba para que le oyeran en la torre, de la cual se hallaba separado por el huerto.

Ya se preparaba á llamar á voces, á falta de otro medio, cuando se oyó un ruido de hierros del otro lado de la puerta, que un instante despues se abrió bruscamente, y Muller se halló frente á frente con el baron.

Enrique de Steinberg estaba enteramente desconocido. Habia adelgazado en extremo; sus ojos tenían una expresión de ferocidad increíble.

Su barba que habia dejado crecer desde que llegó al Steinberg, le cubría la mitad de la fisonomía. Su antiguo uniforme sucio y raído, estaba abierto por el pecho; toda su persona manifestaba ese descuido de sí mismo, signo inequívoco de una desesperación profunda. Llevaba en una mano una escopeta y con la otra sostenía la puerta entresabiada, á fin de que Muller no pudiese mirar por dentro del castillo.

Sigismundo, sorprendido con esta brusca aparición, contemplaba al mayor en silencio, reconociendo apenas en la figura que tenía delante á aquel Enrique de Steinberg que, poco tiempo hacia, pasaba por el mas hermoso oficial del ejército prusiano.

El baron tambien la miraba con ojos estraviados.

— Os he visto subir la roca, le dijo con una voz ronca y gutural, y sé lo que queréis... Está ya bueno... puede tenerse ya de pie? Bien, bien, le esperaba con impaciencia... pero vuestra venganza será esa, pero el demonio no quiere dejarme otra!

Sigismundo se quedó atónito oyendo estas palabras, que manifestaban claramente que el baron habia perdido el juicio.

XVII.

— No os comprendo, respondió Sigismundo; le venía para informarme... La señorita Whillemina...

— Calla, no pronuncies ese nombre! dijo el fogoso baron pegando una patada en el suelo, pero no venís á desafiarme de parte... de ese aventurero? Por ventura ha muerto? Se habrá burlado de mí el demonio, que es mi eterno enemigo?

— Si habláis de Frantz, señor mayor, os diré que no se halla en estado de batirse con nadie, y que, aun cuando lo estuviere, dudo que se batiera con vos.

— Entónces habrá que buscar otro medio... ya le encontraremos!... No pienso mas que en eso de día y de noche; eso es lo que me da esta maldita calentura... Pero puesto que no tenéis nada que decirme, ya estáis aquí de mas... adios!

Y al decir esto quiso cerrar la puerta; pero Sigismundo la contuvo con todas sus fuerzas.

— Señor baron, le dijo, os suplico encarecidamente que me oigais: por vos mismo, por piedad, por humanidad, decidme si la señorita de Steinberg se halla fuera de peligro.

Los ajados labios del baron se estrecharon convulsivamente.

— Fuera de peligro! Oid con atención lo que voy á decir, y repetid exactamente mis palabras al que os envía: la hija deshonrada de los Steinberg estaria mas segura si se hallase suspendida de un hilo en lo mas alto del Munster de Strasburgo, que no lo está en este momento en la residencia de sus ascendientes!

Sigismundo no pudo ménos de estremecerse.

— Señor de Steinberg, le dijo con voz conmovida, no os creo capaz de ejercer una nueva venganza sobre vuestra desgraciada hermana.

— Decid á vuestro amigo que venga á defenderla! replicó el baron con voz de trueno; que venga, que venga!... Daria mi alma por que viniera! Es todo lo que me queda... Pero estoy seguro de que vendrá; ya le armaré un buen lazo.

Muller no sabia qué responder á tan oscuras palabras.

— Señor de Steinberg, repuso despues de una pausa, veo con mucho sentimiento que vuestra deplorable exaltación no se ha calmado... Sin embargo, ya reflexionéis que un acto de violencia, contra quien quiera que sea, podria atraer los castigos de la justicia. Un militar, un hombre de honor!... Vuestra cohera no tiene fundamento: estáis en un error... Puedo aseguráros que mi amigo Frantz...

— No pronuncieis su nombre, ó os pego un tiro! gritó el mayor alzando convulsivamente su escopeta.

— Vuestras amenazas no me impedirán el que cumpla con un deber sagrado, repuso valerosamente Sigismundo; Frantz no es un hombre oscuro, como él dice; tengo razones para creer...

— Aunque fuere de sangre real, dijo el mayor, en cuyos ojos se reflejó un momento una chispa de inteligencia, la injuria sería siempre la misma... Estoy al borde del abismo, y quiero arrastrar conmigo al que tiene la culpa... Pero basta ya de palabras; retiraos, continuó con acento imperioso, y cuidado con volver aquí. Toda tentativa para verme y hablarme será inútil: ay de aquel que se ponga al alcance de esta carabina! Dejad que se cumpla lo que ha de suceder. Satan lo gobierna todo, él es el amo... adios!

Al decir esto cerró la puerta, y Sigismundo oyó el ruido de sus botas militares sobre las piedras de las ruinas.

Esta entrevista produjo en el estudiante una impresión de terror insuperable.

Sin duda ninguna, el baron exasperado por sus pesadumbres en la soledad, alimentaba siniestros proyectos. El delirio de sus discursos parecia provenir de la fiebre que le devoraba, á consecuencia de tantos sacudimientos; sin embargo Sigismundo creía reconocer en ciertas señales, que el desgraciado Enrique de Steinberg se hallaba en un estado muy próximo á la demencia.

Muller se guardó muy bien de comunicar sus temores al

pobre Franz; pero se propuso vigilar cuanto pudiera, á ver si penetraba los misterios de la vieja torre del Steinberg.

Trascurridos algunos días mas, Frantz concluyó por restablecerse enteramente, quedándole solo un poco de debilidad que bien luego debía ceder á la poderosa vitalidad de la juventud.

Una mañana, Franz apoyado en el brazo de Muller, prohaba sus fuerzas paseándose por su modesto cuarto.

Alberto habia salido á pescar con un batelero de las cercanías, y por consiguiente los dos amigos podían hablar con toda libertad.

Habia en el cuarto un balcón de madera desde el cual se distinguía el Rhin y una parte de la torre del Steinberg. En aquel momento estaba abierto, dejando penetrar en el aposento un aire balsámico y puro.

— Ya estoy bueno, dijo Frantz, soltándose del brazo de su amigo; gracias por tus cuidados, querido Sigismundo... Ahora ya no debemos ocuparnos mas que de Whillemina... Oh! Es preciso que yo la vea, quiero verla á toda costa... mi amor me dará fuerzas para ello... Sigismundo, aun cuando debiera morir á manos de ese feroz baron, quiero llegar hasta Whillemina... Dios mío! Si hubiese muerto!

— No, Frantz, no tengas cuidado, respondió Muller; al contrario, es probable que ha sanado completamente de su herida. Fritz Reutner sigue tan impenetrable y taciturno como antes, pero hemos notado hace algunos días que compra cosas selectas y delicadas como para un enfermo convaleciente. Esta circunstancia nos hace creer que la desgraciada Whillemina se halla ya fuera de peligro... No, no es la salud de Whillemina la que á mí me tiene con cuidado! Frantz, añadio Sigismundo con melancolía, en lugar de querer estrellarte contra obstáculos insuperables, deberías ceder por un momento á la necesidad. Estas seguro del amor de Whillemina, así como ella lo está del tuyo, esperad á que lleguen tiempos mas favorables para uiros; doblegáos con resignación bajo una inexorable fatalidad.

— Yo, abandonarla! exclamó Frantz Impetuosamente... Ah! lo comprendo, añadio con un poco de acritud mirando á Muller, estás cansado de vivir en esta soledad, sacrificándote sin cesar á un amigo desgraciado... Es cierto, no tengo derecho para quejarme, te debo demasiado. Si, abandoname, vuelve con Alberto á la universidad, y déjame luchar solo con mi destino.

Sigismundo le tomó la mano y se la estrechó con fuerza. — Frantz, Frantz, le dijo en tono de reconvencción, eso se llama ser ingrato. Despues de haberte dado tantas pruebas de cariño, cómo podías yo esperar que me hicieses esa injuria?

Una lágrima asomó en sus ojos; Frantz le abrazó tiernamente.

XVIII.

— Perdóname, generoso amigo, dijo Frantz con una emoción profunda; mis pesadumbres, la enfermedad, me han hecho injusto; perdóname... No puedes figurarte lo que padezco; pero ya te probaré algun día que tengo confianza en tí y que te amo... Solo á tí revelaré un secreto...

— Ya le he adivinado, amigo mío, murmuró Muller; sé de vuestro nombre, conde Federico de Hohenzollern.

Una viva sorpresa se pintó en las facciones de Frantz.

— Sabías mi secreto, y has tenido la delicadeza de no hacer la menor alusión hasta este momento! Gracias por esta reserva, tan noble como bella!... Pues bien, Sigismundo,

solo ese nombre ha debido instruirte de mis infortunios... Maldecido por mi padre porque me sentía incapaz de llenar los sagrados deberes que me estaban impuestos, y blanco de los tiros de un orgulloso hermano que me acusaba de querer usurpar sus derechos, he debido renunciar á mi familia, á mi patria y hasta á mi nombre. Hui de la casa paterna, y me resigné á la oscuridad y á la pobreza, por vivir en la independencia. Pero cómo has podido saber?...
— Las esplicaciones del caballero Ritter me convencieron de ello, conde Federico. Ademas, las palabras cortadas que se os han escapado en el delirio...

— Porqué no me hablas como ántes? Sigismundo, sé el amigo del conde Federico de Hohenzollern como lo fuiste del estudiante Frantz... Ay! Nada mas soy, en efecto, que un pobre estudiante sin fortuna y sin nombre!... Hasta la misma Whilemina ignora la categoría á que habría podido ser elevada... Ademas, quise que me amara por mimismo, y hué de contentarme con decirte que mi origen era tan alto como el suyo. Despues, tuvimos que desmentir este aserto en su presencia; pero debo confesarte, amigo mio, que cuando Ritter y el baron se burlaron de mi delante de ella, estuve á punto...

— Te habrias perdido sin otro resultado; el mayor lo que siente sobre todo, es que hayas venido á destruir sus orgullosos proyectos; al ménos así se infiere de lo que me dijo en la última entrevista que con él he tenido. Por eso sería una imprudencia que te descubrieras al baron de Steinberg; esta confesion te pondría en nuevos y mayores apuros... Hasta aquí, he podido sustraerte á las investigaciones del sumiller, propietario actual de la torre, pero de un momento á otro va á volver y me exigirá que cumpla mi promesa.

— Qué promesa, Sigismundo?
— Me comprometí á facilitarle las investigaciones en la universidad de Heidelberg, con el objeto de desviar las sospechas que podrian haber recaído sobre tí, y tambien para reirme un poco á costa de ese estúpido personaje... El día del funesto acontecimiento, el caballero Ritter vino á buscarme aquí: sin duda no juzgó á propósito hacer valer inmediatamente sus derechos como dueño del Steinberg, en razon del trájico suceso que habia ocurrido en su presencia, y deseando aprovechar su tiempo en Heidelberg, me pidió los informes que le prometí para el cumplimiento de su mision. Tú estabas enfermo, moribundo, y yo no tenia tiempo para detenerme en reflexiones, pero sin embargo conocí que si Ritter pasaba á Heidelberg, no le costaría mucho trabajo penetrar tu secreto, á pesar de tus precauciones para permanecer oculto. Muchos indicios podian hacerle reconocer al conde Federico en el estudiante Frantz. Entónces me comprometí á designarle mas adelante al hijo de su soberano, si cesaba al punto sus investigaciones personales, pues añadi que ellas podian alarmar al fugitivo y por lo tanto estropear su empresa. Ademas le indiqué que tenia que pedir una gracia al príncipe de Hohenzollern por mis servicios, y concluí diciéndole que en cuanto te pusieras lueno cumpliría mi promesa. Ritter aceptó estas condiciones, y despues de haberme anunciado que volvería al cabo de un mes para tomar definitivamente posesion del castillo, se fué á Baden donde debia solicitar una orden del gran duque. Ahora bien, va á llegar aquí de un día á otro, y no sé esta vez, como saldremos. Yo contaba con que ántes de su vuelta estarias tú fuera de aquí, pero tu amor á Whilemina y otros obstáculos todavía...

— Oh! No quiero ni debo abandonar las cercanías del Steinberg ántes de saber con certeza que Whilemina no

corre ya ningun peligro, interrumpió Frantz en tono resuelto; reclamation mis derechos sobre ella hasta mi último suspiro. Pero, qué otros obstáculos tenemos? No te he comprendido.

— Ay! Obstáculos bien vulgares y bajos para el hijo del príncipe reinante de Hohenzollern... Frantz, ya sabes que Alberto y yo no tenemos mas que una bolsa desde hace mucho tiempo... la modesta mensualidad que su padre le envía á Alberto apenas es bastante para el gasto que él hace en la taberna; en cuanto á mí, tengo ménos recursos todavía, de modo que tu enfermedad, las locuras de Alberto y mis prodigalidades han agotado nuestros recursos... en una palabra, nuestro posadero no quiere tenernos mas tiempo sino...

— No es mas que eso, amigo Sigismundo? Ese obstáculo puede desaparecer fácilmente... Un banquero de Manhein ha recibido en depósito la suma de cuarenta mil florines, toda mi fortuna... tuyos son lo mismo que de Alberto.

— Cuarenta mil florines! repitió Sigismundo de un aire pensativo; con ese dinero se podría... Si, si, mi idea es qui zá una inspiracion del cielo; veré á Ritter y... Frantz, es necesario ir al instante á Manhein y tomar ese dinero. Ya estás bastante fuerte para emprender esa corta excursion; voy á alquilar una barca con dos remeros, y...

— Yo no me menea de aquí, no perderé de vista un solo instante esa vieja torre que encierra todo lo que amo! exclamó Frantz. Sigismundo, mi fiel camarada, dame esta prueba mas de amistad. Encárgate de recaudar ese dinero: aquí tienes un título al portador, presentándote le entregarán los fondos sin mas formalidades.

Y diciendo esto le tendió un papel que sacó de su cartera, Sigismundo vaciló en tomarle.

— Lo haré, dijo por fin; voy á partir... pero con una condicion.

— Qué condicion es esa, amigo mio?
— El que durante mi ausencia no harás ninguna tentativa desesperada para penetrar en el castillo de Steinberg, para ver á Whilemina.

— Pero, Sigismundo, si sobreviniere algun acontecimiento, si supiera...

— Mañana estoy aquí de vuelta; ademas, si quieres que te diga la verdad, he concebido un proyecto que haria inútiles en adelante esas locas empresas.

— Inútiles! Piensas sustraer á Whilemina á las venganzas de su terrible hermano?

— Creo que obligaré al baron á reconocer voluntariamente tu matrimonio con su hermana... con tal de que Dios le haya dejado aun una chispa de inteligencia...

— Seria posible, Muller? Esplicatelo...

— El tiempo urge, y por otra parte necesito combinar bien el plan ántes de ejecutarle. Ten confianza en mí, que bien luego, mañana acaso, cesarán tus mortales angustias.

— Si haces eso, Sigismundo, te deberé mas que la vida.

— Con que me das tu palabra, de no intentar ninguna cosa en mi ausencia?

— Te la doy, amigo mio. Ademas, qué puedo hacer sin tí?

— Animo! repuso Sigismundo levantándose con aire resuelto. Pide al cielo que bendiga mis estremos, y aun serás feliz en este mundo.

Los dos amigos se dieron un cariñoso abrazo. Sigismundo indicó á Frantz las palabras sacramentales que debia pronunciar, en caso de necesidad, para hacerse obedecer de Alberto, y salió precipitadamente del aposento, recomendando de nuevo al jóven la prudencia.

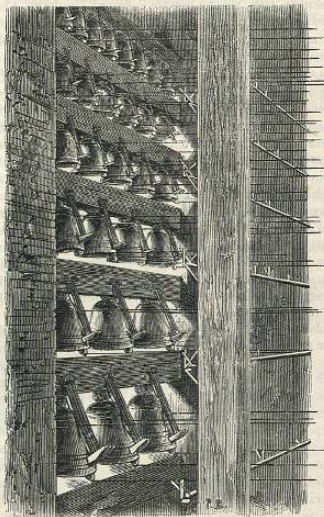
Pocos instantes despues, Sigismundo salia para Manhein en una barca dirigida por dos vigorosos remeros. Frantz de pié en el balcón la siguió largo tiempo con los ojos; era uno de esos boticillos largos y estrechos, afamados por su velocidad: secundado por la corriente bien luego parecia un punto negro sobre la azulada superficie del Rhin, hasta que al cabo desapareció en el horizonte.

(Se continuará.)

SOBRE LOS REPIQUES DE CAMPANAS.

Dícese que en el quinto siglo fué cuando por primera vez se oyeron las campanas para llamar á los fieles á la oracion.

En los siglos siguientes hubo una constante emulacion entre las parroquias sobre el número y las dimensiones de las campanas, y en cuanto ya los campanarios poseyeron muchas, se empezó á notar la diferencia de los timbres. La voz grave de los unos, el sonido agudo de los otros, producía



Vista interior del campanario de Dunkerque.

un simulacro de melodía, cuyo compás se estudió, y hasta hubo de acompañarse con palabras. El campanero aprendió bien luego á tocar armonias variadas, y muchas ciudades tuvieron música escrita para los repiques, con notas mas ó ménos estensas, segun el número de las campanas y sus calibres.

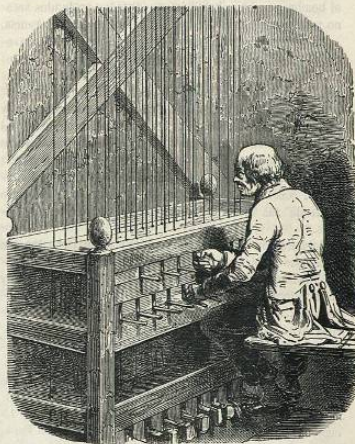
En una palabra, la campana se volvió un instrumento, y fácilmente se comprende en efecto que las campanas graduadas de manera que produzcan sonidos que se oigan, pueden dar por resultado lo mismo que las cuerdas ó los tubos de distintos tamaños, una escala regular que á me-

didá que se vaya estendiendo servirá para ejecutar un mayor número de melodias.

En 1746 habia en Dunkerque un campanero tan afamado que de todas partes, del país de Artois y hasta de Flandes, corría la gente á oír como tocaba. Hay una tocata que ha llegado hasta nuestros días bajo el nombre de repique de Dunkerque que probablemente fué compuesta por el dicho campanero de 1746, pero para tocarla hay que emplear diez timbres todos de tamaños diferentes. El juego de campanas que debe su celebridad á esta tocata ha sido abandonado hace ya tiempo, pero un habitante de Dunkerque le está componiendo en el día de hoy á sus espensas.

Si las campanas pueden producir todos los tonos, no por eso se puede decir que son propias para tocar toda clase de melodias. Sus largas vibraciones hacen poco agradable el empleo de las disonancias. El timbre que acaba de resonar sigue zumbando aun cuando el badajo pega en otro nuevo, y por eso son preferibles los movimientos lentos y graves á los compases vivos y alegres.

Sin embargo desde que la campana se ha vulgarizado hasta ser empleada en tocar las horas, muchos y muy variados perfeccionamientos han sido introducidos en los repiques.



El campanero.

En muchos relojes antiguos se veían mover Adán y Eva, ángeles, demonios y muchos animales que, obedeciendo á ingeniosos mecanismos sonaban las horas, y tocaban cosas variadas sobre un sistema de timbres mas ó ménos complicado.

UTILIDAD DE LAS AVES EN AGRICULTURA.

A primera vista parece una paradoja el epigrafe de este artículo. ¿De qué sirven las aves en los campos? ¿Qué utilidad le traen al labrador? ¿No arrebatan el águila el tierno cordero, la inocente gallina, la tímida paloma? El tordo in-

quieto y gloton ¿no esquilma el olivar, lo mismo que el estornino y el zarzal? La oropéndola, y el mirlo ¿no diezman las cerezas y las ciruelas? Pues qué diremos de los maliciosos y destructores gorriones que desgranaban las espigas que no comen, y comen muchas; de la escarabadora y cogujada, de la gritadora alondra que desentierra el garbanzo y otras semillas cuando creen que la humedad las ha entenebrecido lo bastante para comerla sin trabajo? No sabemos, pues dirán algunos, donde puede estar esa utilidad para la agricultura, de estas y otras aves que tanto daño le causan. Despacio, señores míos: no juzguemos de las cosas por las primeras impresiones: examinemos el prisma por todas sus facetas, que detras de una sombra puede haber una brillante y refrigente luz, como en medio de un espino un hermoso lirio. Veámos si los daños que causan las aves á la agricultura están compensados con los beneficios que derraman sobre ella.

Prescindamos por un momento de la idea de que las obras del Soberano autor del universo ni pueden ser inútiles, ni contrarias á la existencia del hombre, á quien constituyó dueño y señor de todo lo criado sobre la tierra. Por consiguiente, todo cuanto ha sido obra de su infinita sabiduría, eternos y ocultos designios á donde no es dado al hombre penetrar: humillemonos ante tan profundos arcanos y rindámosle el homenaje de nuestra propia ignorancia.

La falta de observación en los siglos de barbarie ha mantenido en un estado lamentable de atraso las ciencias naturales. Contentos los hombres ilustrados con historias maravillosas, descripciones pomposas y ciegas tradiciones, legaron á la posteridad una porción de fábulas ridículas y absurdas que con trabajo nuestros modernos observadores de la naturaleza podrán desarraigal del vulgo, y el vulgo por desgracia abraza mas clases de la sociedad que generalmente se cree. Pero el génio humanitario trabaja, y lentamente, como la gota de agua sobre la piedra, se abrirá paso la luz de sus brillantes trabajos. Vengamos á nuestras aves.

Hablando en general, una multitud de pájaros limpian el aire que respiramos de los innumerables insectos que como nubes espesas se interponen entre nuestros pulmones y la atmósfera que nos rodea. Infinitos insectos sirven de alimento á las aves, que si por este medio no los libertarán de ellos invadirían nuestras moradas y atacarían hasta nuestra existencia. ¿Quién nos ayuda á esterminar esos nubes de langosta que nos aflige de tiempo en tiempo? Las aves. ¿Quién nos liberta de los reptiles venenosos, que ocultos entre la yerba, abrigados debajo de las plantas hieren mortalmente la mano incauta del pobre leñador? Las aves. La cigüeña blanca, muy común en el Mediodía de la España, y todas las especies de su género hacen una guerra á muerte á las víboras, lagartos, ratas, topos y musgaños: los buitres, grajos y cuervos devoran los animales muertos que infestarian la atmósfera en su estado de putrefacción. Los aviones, golondrinas y vencejos no tienen mas alimento que esos millones de millones de mosquitos que pueblan el aire, y que introducidos en nuestras habitaciones nos quitan el sueño y con sus sutiles y punzantes trompas nos saquean hasta el punto de causarnos inflamaciones de consideración. ¿Cuánta sería la multiplicación de estos incómodos vecinos si esas numerosas falanges de aviones que aparecen en la primavera al tiempo mismo que se desarrolla la plaga, llevando sus picos y sus fauces abiertas, no engulleran millares de enemigos en cada tarde de verano?

Vengamos á la agricultura. Desde el canoro ruiseñor hasta el diminuto pica-bigos que salta silencio entre las zarzas, y todo el género «livia» que contiene mas de sesenta especies, todos se alimentan de moscas, mosquitos, arañas y otros insectos que plagan los árboles y sus frutos, y los reducen á un estado enfermizo, interrumpiendo la circulación de la savia por los troncos y las hojas. Un observador curioso, dotado de una admirable paciencia, ha contado las aves que un ruiseñor venia cargado con un insecto para sus polluelos, en el espacio de una hora. Cincuenta viajes por hora, dice, suponiendo de doce el día, habrían destruido cuatro mil y doscientos insectos á la semana. Considérese que estos pájaros necesitan lo menos dos semanas para sacar á volar sus hijuelos: Váyase multiplicando y añadiendo en el concepto de tres crías cada año: téngase cuenta que en la estación de la cria del ruiseñor los insectos, por lo general, no han desovado, y que cada uno de los que el pájaro devora llevará en su seno mas de dos huevos, que se hubieran desarrollado á tiempo y producido doscientos individuos mas, los cuales de un solo golpe han sido destruidos. Calcúlese, pues, cuantos insectos dañosos á los frutos, á las hortalizas, á los cereales ha destruido un solo ruiseñor. Pues ¿y las numerosas especies de este mismo género, que todas viven y se alimentan de la misma manera? No es extraño que los estados provinciales de Limburgo hayan provocado una ley despues de 1830 para prohibir la caza del ruiseñor, aterridas sus bellas cualidades de místico y destructor de insectos dañosos. Pasemos á los gorriones que son los que llevan sobre sí la animadversión de los agricultores. El gorrion y todas las especies de su género son naturalmente granívoros. Pero ¿es esclusivo para ellos este alimento? ¿Vive el gorrion solo de grano? No ciertamente. Cuando parece que este pájaro columpiándose sobre una espiga devora los granos de ella, no busca mas que los insectos que se anidan entre las capas que envuelven al mismo grano, y que son las larvas del gorgojo que lleva consigo para desarrollarse despues en el granero. Verdad es que la espiga queda desgranada de resultas de la operacion; pero no fué esa la intencion del animal. Considérese tambien que el gorrion y todas las especies de su género en su primera edad dejan de ser granívoras, porque su alimento natural son las orugas, los cigarrones, las mariposas y otros insectos, de cuyo pasto son tan voraces que puede asegurarse que cada par de gorriones llevará á sus hijuelos mas de cuatro mil gusanos por semana. Sabido es que estos pájaros son tan propagadores que no bajan de cuatro crías las que eiectúan en los meses de verano. Qué multitud de langostas y otros insectos dañosos á la agricultura no devorarán esas numerosísimas bandadas que pueblan las ciudades y los campos! ¿Quién dudará, á poco que reflexione, que los destrozos de una nube de langosta ó de una plaga de gusanos roedores del tierno tallo del árbol, de la planta naciente, de la flor que apenas despliega su corola se ve invadida de la morfifera larva, que son de muchísima mas consideracion que el grano que comen y desperdician los pájaros, que al fin por otra parte no sirven de gustoso alimento?

Véase como la sabiduría y justicia del Criador lo ha compensado todo para darnos un testimonio auténtico de su Providencia.

MAXIMAS DEL BUEN VIEJO RICARDO.

El tiempo que se pierde no se encuentra jamás.
Con muchas palabras no se llena una media fanega.

No duermas demasiado; bastante dormiremos en la otra vida.

La pereza todo lo halla difícil; el trabajo todo lo encuentra fácil.

El que se levanta tarde está corriendo todo el día, y es milagro que llegue á la noche con sus tareas concluidas.

La pereza camina tan despacio que la pobreza al fin la alcanza.

Empuja tu tarea antes que ella te empuje á tí.

El que vive de esperanzas morirá de hambre.

El que tiene un oficio tiene una tierra de labor.

Dios lo da todo al trabajo; labra tú mientras que los holgazanes duermen, y tendrás trigo para vender y para guardar.

Un hoy vale mas que dos mañanas. ¿Tienes algo que hacer mañana? Hazlo hoy.

A fuerza de paciencia y actividad un raton roe una marmora.

Poquitos golpes echan abajo gruesas encinas.

Si tú no eres dueño de un minuto, ¿cómo tienes valor de perder una hora?

Desde que tengo un carnero y una vaca todo el mundo me saluda.

Yo no he visto jamás un árbol y una familia que anda cambiando continuamente de lugar, prospere tanto como los que están fijos en el suelo.

Tres mudanzas equivalen á un incendio.

El que quiera hacerse rico con el arado, que lo conduzca por sí mismo.

Un ojo del amo hace mas negocio que sus dos manos. La falta de cuidado nos hace mas daño que la falta de saber.

No vijilar los trabajadores es lo mismo que dejarles nuestra bolsa abierta.

Muchos hombres se arruinan por fiar sus asuntos al cuidado de otros.

La sabiduría para el estudioso, la riqueza para el afanoso, el poder para el atrevido y el cielo para el virtuoso.

Si quieres tener un criado fiel, sírvete á tí mismo.

Por falta de un clavo se perdió un herradura; por falta de una herradura se perdió un caballo, por falta de un caballo mataron al amo: todo provino de no haber tenido cuidado con el clavo.

Si quieres ser rico trata de economizar al paso que de ganar.

Las mujeres, el vino y el juego achican la bolsa y agrandan la miseria.

Con el gasto de un vicio se criarian dos hijos.

Muchos pocos hacen un mucho.

¡Cuidado con los pequeños gastos!

Un hilo de agua podrá echar á pique un gran navio.

Los tontos hacen los convites, y los discretos se los comen.

Compra lo que no necesitas y dentro de poco venderás lo que necesitas.

El hombre prudente se instruye por los males de otro, el necio apenas por los suyos propios.

Las blondas y el raso, el patío de sedán y el terciopelo apagan el fuego de la cocina.

Un labrador en pié, es mas grande que un gentilhombre de rodillas.

Los niños y los locos se figuran que veinte duros y veinte años no ban de tener fin.

Cuando el pozó está seco conocemos lo que el agua vale. Antes de consultar tus caprichos consulta tu bolsillo.

Mas fácil es reprimir el primer deseo que satisfacer los siguientes.

Tanta locura es en el pobre remedar al rico, como en la rana hincharse por igualarse al buey.

Los grandes navios pueden aventurarse en alta mar, los pequeños barcos no pueden navegar mas que en la orilla.

El orgullo almuerza con la abundancia, come con la pobreza y cena con la infamia.

Es averiguado que ninguna cosa hay mas poderosa para mover al pueblo que el culto de la religion, quier verdadero, quier fingido; por el natural conocimiento que los hombres tienen de Dios, y la reverencia que tienen á su divinidad.

MARIANA.

No sobresales tanto el entendimiento en la razon que forma, como en la que reconoce.

SOLIS.

MADAMA DE POMPADOUR.

Antes de ahora hemos tratado ya de caracterizar el talento y estilo de Boucher, y no insistiremos hoy en esta apreciacion que quisimos hacer tan completa como nos fué posible. La mujer célebre cuyo retrato damos con estas lineas nos suministrará abundante materia para este artículo. Asi pues no saldremos de la historia del arte, porque madama de Pompadour está ligada bajo muchos conceptos con ella.

Maria Antonieta Poisson nació en París el 29 de diciembre de 1721, de una familia rica que figuraba mucho en aquella sociedad financiera que tanto se puso á la moda en los últimos años de Luis XIV, y en la cual solia encontrarse á veces un epicureismo tan opulento como gracioso. La Pompadour añadió á estos dones el de la elegancia: desde su juventud fué el modelo de todos los talentos y de todas las gracias.

Cuando llegó á ser la favorita de Luis XV, á la edad de veinticuatro años, amó al rey porque le pareció el hombre mas hermoso y amable de Francia; le amó con sinceridad y ternamente, sino con una pasion profunda. Su ideal habria sido al entrar en la corte el encantarle y seducirle con los prestigios de las artes y del talento, el hacerle feliz é inspirarle la constancia en un círculo mágico de placeres variados. Un passage de Watteau, juegos, comedias, pastorales en la sombra, embarques continuos para Citezea, tal habria sido su programa predilecto.

Nada diremos de la parte política de madama de Pompadour, porque esta puede verse en la historia del reinado de Luis XV. Hablaremos solamente de lo concerniente al arte, principiando por decir que ella era ya una artista de mucho mérito.

En el gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional de París existe una coleccion intitulada, *Obras de madama de Pompadour*, compuesta de mas de sesenta estampas ó grabados al agua fuerte. La mayor parte representan asuntos alegóricos para celebrar algunos acontecimientos memorables de la época, pero hay algunos que despiertan mejor la idea que naturalmente se tiene concebida de este artista tales como: *El Amor cultivando un mirto*, y *el Amor cultivando laureles*. En general, los amores se encuentran allí

bajo todas las formas, y hasta el mismo *genio militar* se halla representado en *amor* meditando ante un trofeo de banderas y cañones. No contenta con reproducir de este modo en cobre al agua fuerte los grabados en piedras finas

de Gai, madama de Pompadour, hizo tambien algunos en agatas, y cornalinas. Ademas sus aguas fuertes fueron retocadas con el buril.

Madama de Pompadour murió en Versalles el 43 de abril



Vivent. BEAUCE del.

BOUCHER. P.

CARBONNEAU. SC.

BOUCHER. — Madama de Pompadour.

de 1764 á la edad de cuarenta y dos años. Las artes sintieron con dolor su pérdida, y consagraron su memoria. Diderot en su *Salon* de 1765 nos ha conservado la descripción de un cuadro alegórico en que Carlos Vanloo representaba

desoladas á las artes suplicando al Destino para obtener la curación de la marquesa. Concluiremos diciendo que fué digna de este homenaje.

J. J. ANNOUX.

DAVID.



Napoleon en el monte de San Bernardo.

El primer cónsul dijo un día á David: «Quiero que hagas mi retrato; representame muy sosegado montado en un caballo muy fogoso,» y David pinto el cuadro que se vé grabado en nuestra lámina. Quizá otro pintor, como Cericault verbigracia, nos habría dejado una obra menos melodramática, pero mas natural y grandiosa; sea como quiera, esa composición, que como pintura, carece de una calidad esencial, la sencillez, sería magnífica ejecutada en bronce.

Si dejando aparte su obra, se considera á su autor bajo un punto de vista general, sería necesario ser muy enemigo suyo para no reconocer en él uno de esos genios poderosos

á quien Dios concede la palabra, la lira, la pluma ó el pincel para entusiasmar á un pueblo entero inspirándole un exaltado amor hacia lo grande y lo bello. Veamos los asuntos que saca de la historia para reproducirlos en el lienzo, teniendo en cuenta los tiempos y las circunstancias: el Juramento de los Horacios, especie de preludio romano para la gran escena moderna del Juego de Pelota que ejecutará seis años despues: la muerte de Sócrates, recordada á la sociedad francesa en 1789 casi en visperas de aquellos dias sangrientos en que tantos hombres recomendables por tan diversos títulos debían necesitar esa lección; los liectores lle-

vando á Bruto los cuerpos de sus hijos que condenó á muerte, drama inaudito que quería decir á la Francia, llo-rosa por la muerte de sus diezados hijos, los cruentos sacrificios que cuesta la conquista de la libertad y de la independencia, y por último Leonidas en las Termópilas ofrecido al pueblo que había defendido los desfiladeros de las Ardenas y que había triunfado en Valmy.

La elección de estos asuntos no fué el efecto del acaso ó del capricho, ni de reminiscencias de la escuela clásica. David había meditado profundamente en la elevada misión del artista, y aun sin sus obras, sus palabras bastarían para enseñarnos sus ideas sobre este punto. Oigámosle en la sesión de la Convención del 15 de noviembre de 1793. Después de haber clamado contra el siglo de los dos últimos reyes, que fomentaron la licencia de las costumbres, encadenando el pensamiento y abogando el genio del artista que tan poderosamente debe contribuir á la instrucción pública, continúa en estos términos: « Los monumentos artísticos, tienen otro objeto que el de encantar los ojos, y es el de penetrar en el alma, produciendo en el espíritu una impresión profunda parecida á la realidad; entónces es cuando los rasgos de heroísmo y de virtudes cívicas presentados como modelo al pueblo, electrizan su alma, y despiertan en ella todas las pasiones de la gloria y del amor hácia la salvación de la patria.» En la sesión del 16 de enero de 1794 sus palabras fueron mas hermosas, poéticas y solemnes; entónces dijo: « Cuando en medio de las inseparables zozobras que inspira la libertad en una república naciente, se impregnan nuestras almas del gozo que deben inspirar las victorias de nuestros ejércitos en todas nuestras fronteras, y los triunfos de nuestras lagiones contra todos los déspotas coaligados, entónces las miradas se vuelven con delicia hácia las bellas artes, hechas también para embellecer la paz, y para adornar las pompas triunfales.

« En los movimientos expansivos y en los afectos cívicos que os penetran, concéis que los grandes acontecimientos deben dejar en pos de sí naturalmente inmortales recuerdos, y por consiguiente monumentos que atestigüen al universo y á la posteridad la grandeza del pueblo francés, y quisierais en esos afortunados instantes esparcir por todas partes el brillo de vuestras victorias, y embellecerlo todo con los rayos de la gloria y de la felicidad. Pues bien, desde esa altura debéis considerar siempre el dominio de las artes, para imprimir á todas vuestras leyes en esta patria, un gran carácter que á su vez puede inspirar otras victorias»...

J. J. ANNOUX.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las p. 5, 11, 21, 26, 31, 45, 53, 62, 66 y 71.)

XIX.

Frantz tuvo largo tiempo fijas sus miradas en aquella parte del horizonte por donde la barca acababa de desaparecer, pero poco á poco se fueron apartando del río para elevarse hácia el castillo del Steinberg.

El jóven apoyado de codos en el balcón, examinaba tristemente aquellos espesos muros que encerraban todos sus tesoros; pero el inexorable y lúgubre edificio guardaba el

secreto de los acontecimientos que, quizá á aquellas horas pasaban en él.

— Dichosas aves! decía Frantz siguiendo con los ojos maquinalmente las evoluciones de las cigüenas en torno de la torre solitaria; rozan con sus alas la ventana del cuarto en donde está Whilelmina; pueden oír los suspiros de su boca, los sonidos de su dulce voz! Porqué no tengo yo alas también para poder llegar hasta Whilelmina! Y la pobre Magdalena que me decía que esas aves traerían la felicidad al Steinberg!

Aun estaba hablando cuando una forma humana se mostró de repente detrás de las almenas de la torre; en su elevada estatura, y en sus contornos vigorosamente acentuados era fácil, aun á la distancia en que se hallaba, el reconocer al baron de Steinberg: Enrique tenía en la mano una escopeta, que se echó rápidamente á la cara...

El ruido de la explosión no pudo oírse; pero una columna de humo que se levantó al cielo, indicó que había disparado el tiro. En el mismo instante una de las cigüenas que se cerriaban por encima del balcón, bajó su vuelo en largas espirales: estaba herida.

En la situación de ánimo en que se hallaba Frantz, este suceso, tan sencillo en apariencia, le causó una emoción profunda.

— Así pues, repuso con voz sorda, ese hombre implacable ha comprendido también que esas pobres y hermosas aves habían mentido á su fortuna! Se ha querido burlar de su insolente agüero...

La cigüena herida continuaba bajando. El baron inclinado sobre el pretil de piedra, parecía observar con ansiedad el efecto de su acto cruel.

El ave trató de sostenerse en la torre, pero sus esfuerzos fueron vanos, bien luego llegó á la roca, y desde allí como si hubiese querido alejarse enteramente de aquel edificio inhospitalario, dió un nuevo impulso á sus alas, y fué á caer en los espesos cañaverales que crecían á las orillas del Rhin.

Enrique de Steinberg continuaba en el mismo puesto; pero un ángulo de la roca le había hecho perder de vista á la cigüena en cuanto pasó la base de la torre. Entónces se inclinó á derecha é izquierda para reconocer el sitio en donde el pobre animal había caído, y por fin se volvió é hizo una señal con la mano.

Otro hombre que Frantz reconoció al punto por Fritz Reutner, corrió al mayor que le designó con el dedo los cañaverales, y enseguida ambos desaparecieron; la plataforma se volvió á quedar solitaria como antes.

Frantz no había perdido de vista á la cigüena que aleteaba entre las cañas, y acordándose en aquel momento que Whilelmina, sin participar enteramente de las creencias de Magdalena, había manifestado una especie de veneración por esas aves, concibió el pensamiento de socorrer á un ser querido de Whilelmina.

Impelido por este generoso sentimiento se lanzó á la puerta de su cuarto, á través del comedor de la posada, desierto á la sazón, y deslizándose al borde del río, llegó bien luego al sitio en donde estaba la cigüena.

Bien luego la descubrió; el pobre animal se agitaba entre las cañas, á algunos pies de la ribera. Frantz no titubeó en meterse hasta media pierna para apoderarse de la cigüena que aturrida por la caída, ó debilitada por su herida, no trató de huir ni de defenderse.

El estudiante la tomó en sus brazos con cuidado, y se volvió rápidamente á su aposento sin haber hablado á nadie en el camino.

En cuanto dejó á la cautiva en el suelo, corrió otra vez al balcón. El mayor de Steinberg estaba otra vez en el hueco de la almena, haciendo señales á Fritz Reutner, que bajaba lentamente la roca mirando por todos lados.

La otra cigüena volaba tristemente al rededor de Fritz, como si también buscase con los ojos á su fiel y desgraciada compañera.

Seguro de que nadie le había visto en su corta escursión, el estudiante se acercó á su cautiva.

La cigüena no se había movido; acostumbrada al hombre, la vista de Frantz no la asustaba; habíase dicho que un instante secreto la daba á conocer las buenas intenciones de su protector.

Al curarla la leve herida que los perdigones la habían hecho, el estudiante distinguió entre las plumas largas y flotantes que adornaban el cuello de la cigüena, una especie de collarito.

En esta señal conoció al instante al hinkende, esa cigüena misteriosa que después de haber sido la favorita del baron Hermann, abuelo del mayor, había vuelto recientemente al castillo.

Ese amuleto consistía en una ligera hoja de plomo enroscada, encerrando dentro un fragmento de papel ó de tela, sostenido por una cadenilla de acero que las largas plumas de ave acantúa no habían podido impedir que se tomase, porque en cuanto el jóven la tocó, el metal se cayó por sí mismo quedándose en la mano.

Entónces examinó, con una especie de temblor nervioso, el objeto que había caído en su poder de un modo tan extraño.

Después de haber roto el plomo, halló un pedacito de pergamino enroscado: el metal le había completamente preservado de la humedad y los caracteres que tenía dentro estaban intactos.

Era aquello una especie de plano grosero hecho muy de prisa; debajo se veía la firma del baron y estas palabras escritas de su mano: *Camino de la Huida del Steinberg.*

Frantz reflexionó un instante.

— El camino de la huida! murmuró el estudiante; no es ese subterráneo misterioso que debe existir hoy bajo el castillo del Steinberg conocido únicamente del jefe de la familia?... Si, sí, y Magdalena cuenta horribles historias sobre ese lúgubre sitio, á pesar de que ignora en donde se halla... Ahora me explica la conducta cruel del mayor acerca de ese pobre animal. El señor de Steinberg había sabido sin duda por tradición que su abuelo Hermann había confiado al hinkende ese precioso documento, y habrá querido apoderarse de él matando á la cigüena... Solo en el mundo poseo el secreto de los gefes de la familia del Steinberg!

Mientras estaba hablando, la cigüena había conservado esa actitud triste, y por decirlo así meditabunda propia de su especie; habíase dicho que estaba sin vida, pero miraba á Frantz de un modo tan ardiente, tan fijo y tan expresivo, que este no pudo menos de estremecerse.

Su alma sensible, conmovida recientemente por grandes dolores, era mas accesible que otras á la superstición.

— Quieres darme á entender que ese secreto me pertenece? Estoy en presencia de un ser sobrenatural, ó de un instrumento ciego de la voluntad divina? Debo creer que porque el jefe de la familia de Steinberg te perseguía, has querido confirmarme tu secreto por la felicidad de esa antigua raza que proteges? Estoy llamado yo á regenerarla?... Pero ay! nada puedo por ella ni por mí mismo.

Frantz estaba trémulo, sus cabellos se erizaban en su ca-

beza y su frente chorreaba un sudor frio como en presencia de una aparición. Pálido, y con los ojos fijos en la cigüena parecía estar esperando su respuesta...

Por fin el hinkende saltó de su extraña impassibilidad; alargó su plateado cuello, dió dos ó tres picotazos en el aire, y volviéndose gravemente, se dirigió con paso lento y magestuoso hácia el balcón, dió un salto, y desplegando al mismo tiempo sus anchas alas, se lanzó estrepitosamente en el espacio desapareciendo bien luego.

La imaginación de Frantz no le permitió el ver los acontecimientos de aquel día bajo su punto de vista verdadero; quería deber á la intervención de un ser superior el secreto que acababa de penetrar; la cigüena le parecía haber obedecido á una influencia sobrehumana; y por eso permaneció muchos minutos en su puesto con los ojos fijos y los brazos colgando, dudando aun de la realidad de todo aquello.

La voz de Alberto Schwartz que le llamaba desde un cuarto próximo le arrancó de sus meditaciones. Frantz se apresuró á ocultar el pergamino que parecía haberle regalado la cigüena. Alberto entró en el aposento.

XX.

— Mira, mira, exclamó Alberto dando voces, mira á nuestro vecino el mayor de Steinberg jugando á la barra en la plataforma de su torre... Dios me perdone, tengo ganas de acompañarle en su lindio juego.

— El mayor! qué dices del mayor?

— Ven á ver, repuso el estudiante dirigiéndose hácia el balcón; hace unos cinco minutos que se divierte de ese modo.

Frantz volvió á su puesto de observación. En efecto, el baron pasaba y volvía á pasar rápidamente detrás de las almenas de la torre; sus movimientos eran bruscos y desiguales; de tiempo en tiempo alzaba sus puños cerrados al cielo con aire de amenaza y de desafío. Esta espresiva pantomima manifestaba una enérgica rabia.

— Porque estará tan agitado? dijo Frantz con aire pensativo.

— Porque? repitió el estudiante atollado... El baron de Steinberg se ha vuelto loco... pero loco furioso... dicen que es peligroso el estar á su lado.

Sigismundo había ocultado á Frantz sus temores acerca del baron; por eso se puso livido al oír la noticia.

— Seria posible! Entónces la pobre Whilelmina, encerrada con él en ese castillo inaccesible... Pero no; haces muy mal, Alberto, en repetir esas voces absurdas que habrás oído en la aldea.

— No lo creas, si no quieres; sin embargo ese bruto de Reutner no es tan mudo con los aldeanos como con nosotros, y ha confesado ya á Faucher el batelero, que es mi amigo, que el baron de Steinberg les hace temblar á todos en la torre; les tiene encerrados con llave y les vigila de noche y de día para que no puedan comunicar con el exterior... De un momento á otro puede tener el capricho de ahorrarlos á todos.

— Y Whilelmina? han dicho algo de Whilelmina?

— Fritz no quiere hablar de Whilelmina, pero menea la cabeza cuando se pronuncia su nombre, y ha dado á entender que el baron en sus accesos de locura rabiosa podría intentar...

— Pero entónces el mayor de Steinberg es una fiera! exclamó Frantz con desesperación. Sin embargo, te engañas

Alberto, eso no puede ser: Fritz ha exajerado la locura de su amo...

— Mira! mira! interrumpió Alberto con una especie de ironía, tocando á Frantz en el hombro en tanto que señalaba á la torre con el dedo.

Un nuevo personaje acababa de presentarse en la plataforma: era Fritz Reutner.

Sin duda quería dar cuenta al baron de lo infructuosas que habian sido sus pesquisas; pero el baron al verle tuvo un acceso de furia espantosa. Se arrojó sobre el hijo de Magdalena y le pegó con los puños cerrados encarnizándose en él con una inaudita violencia. Su cólera llegó á exaltarse tanto, que cojió á su desgraciado criado y le arrastró hacia el pretil como para precipitarle en el abismo.

Fritz quería saltarse; pero sea que á causa de su obediencia estúpida no se atreviese á emplear toda su fuerza, ó ya porque el vigor del mayor fuese superior al suyo, perdió mucho terreno. Bien luego se halló contra el pretil; en vano quería agarrarse á las almenas, nada le sostenía ya encima del abismo, cuya profundidad daba el vértigo, nada mas que la mano convulsivamente apretada del feroz Steinberg.

Los dos estudiantes lanzaron un grito, que se apagó sin eco sobre la inmensidad del Rhin. Frantz volvió los ojos para no ver aquella caída mortal, inevitable.

Pero en el mismo instante Magdalena Reutner apareció detrás del baron y corrió á él con los cabellos sueltos y alzados los brazos. Tal era la energía de aquella madre espantada, que el furioso volvió la cabeza y pareció titubear en consumir su crimen. Fritz se aprovechó de este momento de tregua; por uno de esos esfuerzos supremos que da el instinto de la vida, se agarró á la piedra del pretil, se lanzó de un brinco por encima, y despues todos los personajes se alejaron y la plataforma se quedó desierta.

Esta horrible escena pasó en ménos tiempo del que hemos necesitado para contarla.

Los dos estudiantes se quedaron mirando, pero nadie se mostró detrás de las almenas. Frantz se enjugó la frente bañada de un sudor frío.

— Si, no cabe duda ninguna, repuso Frantz como hablando consigo mismo; ha perdido el juicio. Y cómo arrancar á la infortunada Whillemina de las manos de ese frenético? Probaré el medio que Dios me ha suministrado milagrosamente. Penetraremos esta noche misma en la torre del Steinberg, y sacaré á Whillemina.

— Yo poner los pies en esa horrible guarida para ver á ese mayor endiablado!... á ménos, continuó en tono mas bajo, que en tu calidad de superior de la ilustrísima y sacrosanta sociedad...

Frantz no pareció haber oído estas últimas palabras.

— Tienes razon, repuso con acento meditabundo, debo esponerme yo solo; ademas el secreto que he descubierto no me pertenece, no podría revelarle ni á mi mejor amigo... Por lo cual obraré sin el auxilio de nadie.

— Qué dices? preguntó Alberto con curiosidad; qué es lo que piensas hacer?

— Nada, nada, contestó Frantz acordándose de la lijerza y el atolondramiento proverbial del estudiante; estoy sufriendo en alta voz, la inquietud me hace delirar; nada puedo hacer por Whillemina. Me es imposible sustraerla al poder de su temible hermano... Esperemos la vuelta de Sigismundo.

Alberto no estaba provisto de bastante perspicacia para notar que la espresion del rostro de Frantz, y el sonido de su voz desmentian sus palabras, así conviniendo en que se

debía esperar la vuelta de Sigismundo se lanzó fuera de cuarto.

Frantz apenas notó que su compañero habia salido, tan profundo era el estado de meditacion en que acababa de entrar.

Bien luego sacó de su pecho el pergamino, don misterioso del hinkende, y acercándose á la ventana se puso á comparar el castillo y sus cercanias con el plano levantado por el baron Herrmann.

Despues de un minucioso exámen, salió de la posada y se puso á dar vueltas por las rocas próximas al Rhin. Largo fué su paseo; cuando volvió á su casa, el sol estaba ya en el ocaso.

Sin duda sus investigaciones tuvieron un buen resultado, porque su frente resplandecía de esperanza, y una sonrisa de triunfo se veía en sus labios.

En el momento en que llegaba á las primeras casas de la aldea, oyó una piedra que brinca detrás de él á la falda de la roca, y deteniéndose súbitamente para ver lo que era distinguió una mano en una de las ventanas de la torre como haciéndole señal de que se esperase, y en el mismo instante la piedra cuya caída habia llamado su atencion rodó á sus pies, con un papel atado á ella.

Frantz se apoderó al instante del papel y quiso leerle, pero la mano se agitó vivamente como para ordenarle que se alejase y desapareció inmediatamente.

Trémulo de alegría y temiendo que su presencia no comprometiese á la persona que le enviaba aquel billete, se apresuró á llegar á un sitio ménos descubierto, donde no podría ser visto desde el castillo.

Allí, abriendo el papel leyó estas palabras escritas de prisa con lápiz, por una mano poco diestra, sin duda la de Magdalena.

« Salvad todo lo que queda de la desgraciada familia de los Steinberg. El baron ha perdido la razon y sus accesos de furor me hacen temblar por vuestra esposa Whillemina; cada minuto aumenta sus peligros y los nuestros. »

Frantz se quedó aterrado al leer este billete.

— Conque Alberto tenia razon! exclamó con acento desesperado. Pues bien no esperaré la vuelta de Sigismundo como se lo habia prometido; ya me perdonará mi falta de palabra cuando sepa las circunstancias que me han obligado á ello. Si, volaré al socorro de Whillemina; voy á ejecutar mi proyecto esta noche misma. Dios mio! protéjela algunos instantes mas y la salvaré.

Frantz echando una última mirada á la roca del Steinberg, y enjugándose con la mano una lágrima, se dirigió hacia la posada para principiar sus preparativos; pero apenas habia entrado en sus umbrales cuando una voz bien conocida, la voz chillona é imperiosa del caballero Ritter resonó en sus oidos.

— Prendedme á ese tambien, decía; esta vez estoy seguro de que el señor conde Federico de Hobenzollern no se me escapará... Ah! Señores estudiantes, os habeis burlado de mí; pues hoy vamos á desquitarnos.

Antes de que Frantz hubiese podido oponer ninguna resistencia, cuatro ó cinco alguaciles de la policia del gran duque se arrojaron sobre él y le sujetaron.

(Se continuará.)

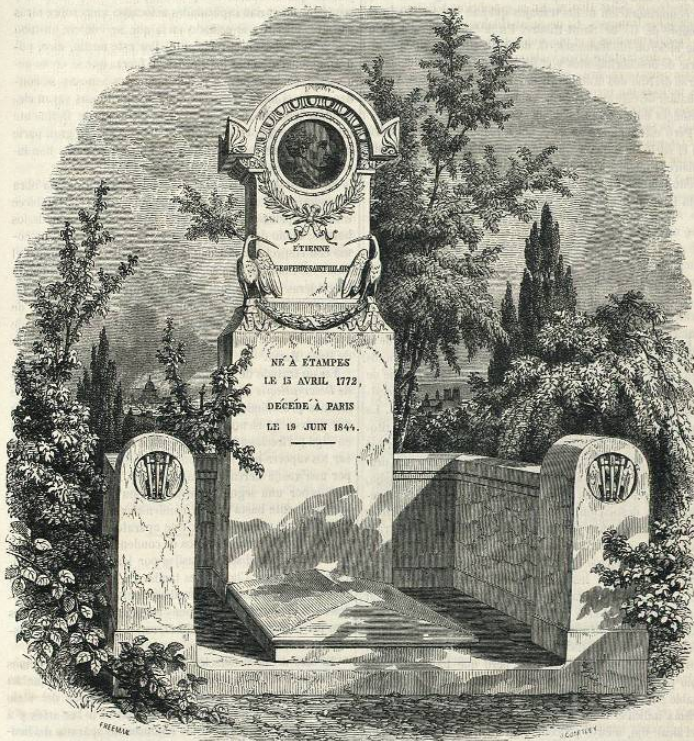
SEPOLCRO DE G. Sr. HILAIRE

EN EL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISE.

El cementerio mas vasto que existe en Paris es el llamado del P. La Chaise, confesor de Luis XIV que vendió á la villa este inmenso terreno.

La posicion de este cementerio no puede ser mejor; el ter-

reno es elevado y pintoresco y domina la mayor parte de la capital, pero lo que constituye su nombrada es su coleccion de monumentos fúnebres: cada túmulo es un templo aislado con pórtico, nave y altar, habiéndolos bastante grandes para que se pueda celebrar en ellos el oficio divino. Se encuentran tambien obeliscos de todas dimensiones de mármol de granito y de piedra ordinaria; hay bonitos jardines y grandes calles de árboles que por muchos sitios hacen de este



Sepulcro de G. Sr. Hilaire en el cementerio del P. Lachaise.

cemeterio un paseo. Entre los monumentos que mas llaman la atencion se cuentan el de Massena, el gótico sepulcro de Abelardo y Heloisa, el pedestal y la estátua de Casimiro Perrier, y otros muchos que sería muy largo enumerar aquí.

El monumento de M. G. de Saint-Hilaire es mas célebre por el nombre ilustre que hay en él que por el mérito de su arquitectura: es de los mas modestos que se ven allí, y sin embargo, todo el mundo se detiene en él, porque el gusto y

la invencion que se descubren llaman desde luego las miradas.

Nada puede verse mas sencillo que toda la parte inferior del monumento. La lápida, que sostiene el cuerpo superior que eleva la inscripcion á la altura de la mirada, se halla rodeada á cierta distancia de un especie de pretil que la magnífica perspectiva que desde allí se descubre le asemejan á una azotea ó balcón. En todo este monumento tan modesto como grave la escultura se halla ausente, si se exceptu-

tían los tripodes que simbolizan el sacrificio y la oración por el recuerdo del incienso, toda la riqueza se halla concentrada en la parte superior donde se vé un medallón magnífico de bronce, y debajo el nombre glorioso de G. de Saint-Hilaire, ornado con dos ramas de laurel, única recompensa que este sabio ha sacado de una vida llena de trabajo y de genio. En el basamento se ven dos tálantos sosteniendo una guirnalda, lo que es una feliz idea, porque estas aves no solo están figuradas aquí como animales sagrados, sino en conmemoración de los trabajos que han immortalizado el nombre de G. de Saint-Hilaire. En la expedición á Egipto que hicieron los franceses, G. de Saint-Hilaire principió su serie de descubrimientos y él fué, quien trayendo de las riberas del Nilo dos tálantos vivos y algunos esqueletos, volvió á hablar de este ave célebre, sobre la cual se tenían hasta entonces noticias tan incompletas.

Pero este sepulcro no es el único monumento que tendrá en el suelo de su madre patria la memoria de G. de Saint-Hilaire. Etampes, ciudad natal del ilustre naturalista ha resuelto también erigirle una estatua, para eternizar su merecida fama y nombrada.

INDUSTRIA.

HISTORIA DE LA DESTILACION.

Es de creer que los primeros que inventaron el arte de la destilacion fueron los árabes, quienes desde muy remotos tiempos se han dedicado á la extraccion de toda especie de esencias aromáticas cuyos procedimientos llevaron sucesivamente á Italia, España y al mediolla de la Francia. La palabra alambique se encuentra en algunos de sus escritos mucho antes del siglo XI. *Avicena* que también escribió en aquella época, comparaba la fraccion catarral á una destilacion cuya cucurbita era el estómago, la esbeza la vasija, y las nárices y la boca los conductores por los cuales se verificaba la destilacion de los humores. *Races y Albucazes* describieron algunos procedimientos referentes á la extraccion de las partes aromáticas de las plantas, cuyos vapores segun puede inferirse de sus escritos, pasan á recipientes de grande capacidad, los cuales se cubrian con varias capas de lienzo mojado operacion que tenían cuidado de renovar muy á menudo. *Lullo* alquimista del siglo XIII en su obra titulada *Testamentum novissimum*, hablando del aguardiente y del alcohol, dice que él llegó á pasar el aguardiente por siete destilaciones sucesivas, pero que bastan tres tan solo para que el espíritu obtenido sea enteramente inflamable sin dejar ningun residuo acenoso. En otra parte de la misma indica el modo de obtener el aguardiente por medio del alcañiño, á cuyo proceder *Valentin* en el siglo XIV substituyó el que se conoce por medio de la cal viva.

Armando de Villeneuve profesor de la universidad de medicina de Montpellier contemporáneo de Lullo, fué el primero que aplicó el aguardiente y el vino al uso de la medicina y de las preparaciones farmacéuticas. *Saronarole* á principios del siglo XV publicó un tratado con el título de *Conficienda aqua vite* en el que se encuentran cosas muy curiosas; entre otras despues de describir las propiedades del aguardiente, explica los procedimientos que deben emplearse para comunicarle el aroma de las plantas y otros principios, tanto por medio de la maceracion como de la destilacion.

Porta químico napolitano del siglo XVII fué el primero que hizo conocer los mejores aparatos para la destilacion. En un tratado que escribió sobre el arte de destilar, examina este procedimiento en sus aplicaciones á todas las substancias que en él puedan someterse; hace la descripción de varios aparatos y entre los cuales de uno por medio del que puede obtenerse el alcohol con una sola operacion: este aparato se compone; primero, de un tubo serpentina que se adopta á la parte superior de la caldera, y segundo, de varias capacidades colocadas unas sobre otras con una abertura al costado en la que se adhiere un tubo que se sumerge en el recipiente. Por este medio, dice, podrán obtenerse todos los grados de fuerza que se crean necesarios, como asimismo el que las partes acuosas se condensen en el fondo mientras que las espirituosas van elevándose hasta la superficie. Por lo dicho puede fácilmente inferirse que el aparato de *Porta* ha servido en gran parte de modelo para los de *Adam* y *Berar* y otros que se han inventado á fines del siglo XVIII.

El doctor *Arnaud de Lila* en la introduccion de una obra de *química ó Fraie physique* que publicó en 1655 establece excelentes principios tanto acerca de la construcción de los hornos, modo de hacer el lúten y graduar el calcáreo, como con respecto á la calcinacion y destilacion, á lo que él llama sublimacion húmeda. Fué el primero que recomendó las calderas poco profundas como las mas propias para favorecer la evaporacion. En su tratado se hace mención de la metamorfosis del aguardiente en alcohol por medio de varias destilaciones, ó por lo que se conoce con el nombre de Baño Maria.

En un tratado de *Claubert* impreso en 1658 con el título de *Description des distillatoires*, encontramos el origen de muchos procedimientos que en nuestros dias han pasado por nuevos no siendo la mayor parte mas que los mismos en algo perfeccionados. Uno de ellos consiste en hacer pasar los vapores que se elevan por medio de la destilacion, por una vasija cercada de agua fria y los vapores no condensados por una segunda vasija, de esta á una tercera y así sucesivamente hasta que la condensacion sea perfecta. Es evidente que por medio de este aparato se puede obtener el alcohol á diferentes grados de condensacion segun la que ha tenido en las distintas vasijas por las que haya pasado. Este aparato de *Claubert* es también á corta diferencia lo mismo que el de *Adam*, y puede asegurarse que todos cuantos se han construido despues en Francia y otros países con privilegio esclusivo ó sin él, están basados en los mismos principios.

El arte de la destilacion sin embargo de cuanto hemos dicho acerca de su antigüedad, puede asegurarse que ha sido casi insignificante hasta que á principios del siglo XVIII fué aplicándose el uso de los espíritus á las artes y á la economía doméstica; desde entonces los aparatos del icorista dejaron de ser el ornamento de laboratorios farmacéuticos ó científicos; estableciéronse por todas partes numerosas fabricas de aguardientes, cuyo número y dimensiones ha ido siempre en aumento á medida que se han ido extendiendo sus aplicaciones á la industria fabril y al consumo económico. A pesar de todo, los procedimientos y aparatos empleados para la destilacion no sufrieron otra variacion, en todo el siglo XVIII que alguna pequeña modificación acerca de sus dimensiones, las que se aumentaron algun tanto á fines del mismo.

La mayor parte de estos aparatos consistían en una caldera de cobre enteramente redonda y por consiguiente tan

alta como ancha, terminando por un cuello mas ó ménos elevado, que tenía la mitad del diámetro de la misma y algo mas ancho en la parte superior: de uno de sus costados salía un tubo cónico cuya parte mas estrecha se introducía en una serpentina de cinco ó seis vueltas, colocada en un cubo de agua fria, que se reemplazaba á medida que por medio de la condensacion de los vapores iba calentándose.

Tales fueron los aparatos empleados por las fabricas de aguardientes durante todo el siglo XVIII á escepcion de algunas modificaciones muy insignificantes, como la de dar mayor capacidad á la caldera, disminuir su altura, ensanche de boca y la sustitucion de los prolongados tubos que á ella se aplicaban, por una cucurbita cercada de un refrigeratorio que se llenaba de agua fria para condensar los vapores que pasaban en seguida á la serpentina.

Es evidente que por medio de semejante mecanismo, todos los vapores acuosos ó alcohólicos que se elevan de la caldera entran en la serpentina, y que verificada allí la condensacion, pasaban al recipiente. De esta operacion resultaba que siendo el agua caliente mas ligera que la fria, tan solo la de las capas superiores de la serpentina conservaba el calor, por lo cual á fin de que la condensacion pudiese verificarse medianamente bien, se tenía que echar agua fria á un tubo bastante largo que adhería á la parte inferior del refrigeratorio, la que extendiéndose en el fondo del mismo repelia á otra cantidad igual de la caliente, la que se vertía por medio de otro tubo colocado en la parte superior: de este modo la condensacion se verificaba del mismo modo tanto con respecto á los vapores alcohólicos como á los acuosos que salían de la serpentina mezclados en diversas proporciones segun estaba mas ó ménos adelantada la destilacion; pero como los espíritus son mucho mas volátiles que el agua, los primeros productos de la destilacion eran siempre los mas alcohólicos y los últimos los mas acuosos, resultando de ahí que para obtener el alcohol puro se hacía necesario el procedimiento de varias rectificaciones con gran pérdida de tiempo y de combustible, hasta que se inventaron los perfeccionamientos que existen en el día, y que han hecho desaparecer estos inconvenientes.

IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA.

Así como la abundancia anima al trabajo humano, la agricultura influye mas que otro cualquiera agente en el aumento de este, y en aumentar también los medios de ocupar los hombres. En prueba de esto, basta citar la autoridad del economista mas eminente que tuvo la Inglaterra, *Adam Smith*, el que dice: «Que ningun capital puesto en movimiento produce una cantidad mayor de trabajo productivo que el del trabajador. No solamente los mozos de labranza, sino los ganados que en ella se emplean, son trabajadores productivos. En agricultura, la naturaleza trabaja lo mismo que el hombre; y aunque su trabajo no cuesta desembolsos, sus resultados tienen un valor como lo tiene el trabajador mas caro. Las operaciones mas importantes de la agricultura no parece que conspiran tanto á aumentar, cuanto á dirigir la fertilidad natural á la produccion de las plantas mas útiles al hombre. Un campo cubierto de zarzas y matorrales, puede producir una cantidad tan grande de vegetales como la viña ó el campo de trigo mejor cultivado. La plantacion y el laboreo mas bien arreglan que animan la activa fertilidad natural; y así se vé que despues de todas las faenas, siempre esta tiene que hacer lo principal. Sin

embargo, los gañanes y el ganado que se emplean en los trabajos campestres, así como los artesanos no solo son los que causan la produccion de un valor igual al que ellos consumen, ó sease al capital que ellos emplean juntamente con sus ganancias, sino otro mucho mayor. El capital empleado en la agricultura, añade el mismo escritor, no pone en movimiento cantidad mas grande de trabajo productivo que lo hace otro igual empleado en las artes, sino que en proporcion á la cantidad del trabajo que consume aumenta en mayor precio el producto anual de la tierra y del trabajo del país á la verdadera riqueza y á las rentas de los habitantes. En ningun objeto se puede emplear un capital que sea mas lucrativo á la sociedad que en la agricultura.»

Algunos escritores han calculado en la mitad de la poblacion el número de los que en Francia é Inglaterra se emplean en esta; y en la tercera, y ninguno la computa en ménos de la cuarta. Sease de esto lo que quiera, lo cierto es que el número de los labradores excede entodas partes al de los artesanos y menestrales, y al de los que se ocupan en los demas oficios. El que la agricultura da empleo á tantas gentes, deberá escitar los deseos de todos hácia su mejora. Prescindiendo de las gentes que la labranza ocupa en sus operaciones, ella facilita á otras medios de trabajar en grado superior á las artes; porque ademas de influir en la duracion de la vida, facilita una mayor demanda de artículos de primera necesidad que son artificiales; de consiguiente, proporciona de un modo indirecto mayor ocupacion á los artesanos que en otra cualquiera profesion. La agricultura no solamente es el manantial del trabajo, sino que cuando florece le asegura mejor que otro agente. Las manufacturas y el comercio, por mas brillantes que se encuentren, no se arraigan de un modo permanente en las naciones. Las contribuciones, las discordias civiles, las guerras y otras mil causas, logran detener su curso, amminorarlos y privar á los habitantes de los medios de ocuparse. De esto hay ejemplos mas señalados en las naciones comerciales, á las cuales en el día solo les queda el nombre. Cuando los capitales se invierten en el cultivo directo de las tierras no solo se facilita ocupacion abundante á los presentes, sino que se facilita á los venideros. Los Países Bajos lo demuestran ostensiblemente.

LOS ANGELES DEL SUEÑO.

¿Cuáles son los funestos pensamientos que el espíritu del mal podia inspirar á esos dos niños dormidos? ¿Quién lo sabe? Quizá alguna inspiracion de celos ó de orgullo; quizá algun proyecto de mentira cuya realizacion se imaginaban durmiendo.

Cuántas veces toman también las tentaciones la forma del sueño, para tender sus lazos? La razon atargada se halla entonces sin fuerzas para discutir nuestra resolucion; el acto se efectúa sin nuestra culpa; nuestros malos instintos parecen despertarse en el sueño á fin de acostumbrarnos á sus manifestaciones.

El alma se despierta poseída todavía de sus sueños; trata de recordarlos, y se turba involuntariamente con ellos, y puede considerarse como muy dichosa cuando los ángeles guardianes han podido llegar á tiempo para interrumpir el viaje de la imaginacion á través del mal, ó de la extravaganza.

Pero si su vuelo no fué bastante rápido, acaso no nos ha dado Dios guardianes interiores y exteriores cuyas voces se

oyen incesantemente? No tenemos centinelas providenciales en todas partes por lo que toca á las cosas mundanas?

Qué hecho no tiene alguna significacion? Qué destino no tiene una leccion fructuosa? La vida entera es un gran coro que nos instruye y nos aconseja; todo está en saber escuchar á tiempo.

Y cuando la enseñanza exterior no nos presenta bastante confianza, no tenemos en nosotros mismos ningún amigo que aclare nuestra inteligencia? Acaso es una ficcion esa voz interior comun á todos los tiempos, á todas las naciones que aplaude al bueno, y que maldice al malo? No existen entre los hombres, grandes leyes morales que dirijen la marcha



Los Angeles del sueño.—Composicion y dibujo de STAAL.

de sus sentimientos, como las leyes físicas dirijen el movimiento de los cuerpos?

Si Dios no hubiese puesto en nosotros el instinto de esas dobles leyes nos habria hecho impropios á la vida material, y á la vida moral á un mismo tiempo. El espíritu humano puede percibir las verdades jenerales, sin las cuales la asociacion mortal no podria existir, al mismo tiempo que nosotros sentidos pueden percibir los hechos físicos sin cuyo conocimiento seria imposible la existencia. La razon comprende

como ven los ojos, y el corazon obedece al amor, como obedece el cuerpo á las leyes de gravedad.

Esta doble enseñanza que nos viene del mundo exterior y del mundo interior, no es pues otra cosa que la condicion misma de nuestra conservacion. Todo lo que nos recuerda el verdadero destino de nuestra naturaleza es la voz de un ángel guardian, pues que es una advertencia para obedecer á la regla de existencia establecida por el mismo Dios.

ALOF DE VIGNACOURT.



Museo del Louvre. — Retrato de Alof de Vignacourt, gran maestro de la orden de Malta, por Miguel Angel de Caravaggio. — Dibujo de Lechevallier Chevignard.

Bellori y Baldinucci cuentan que cuando el orguloso Miguel Angel de Caravaggio estaba en Nápoles á donde habia debido refugiarse por causa de una disputa que habia tenido, concibió la ambicion de ser condecorado con la cruz de los caballeros de Malta que se solia conceder tambien á los hombres de un gran mérito. Con este motivo se fué á Malta á ver al gran maestro de la orden, que era entonces un noble francés llamado Alof de Vignacourt. Dos retratos hizo el